

CAPÍTULO IV

PODER Y EFICACIA DE LA ORACIÓN

I. La oración es *el poder de Dios puesto en manos de los hombres*. Y en cierta manera, es más todavía: es *un arma que Dios ha puesto en las manos del hombre para que éste pueda vencerle*.

Recordad la lucha de Jacob con un ángel, ó más bien con el mismo Dios, la victoria de Jacob y el nombre que recibió después de esta victoria: *fuerte contra Dios*; tal es también nuestro nombre cuando estamos armados con la oración. *Dominamos*, por decirlo así, al Dios omnipotente, que nos dice como á Moisés, cuando le rogaba que no castigara á su pueblo: «*Déjame que se enoje mi saña contra ellos y los deshaga*», y que acaba siempre por rendirse á nuestras súplicas.

II. La oración es, en el orden de la gracia, lo que es para el hombre en el orden de la naturaleza *la mano y el espíritu*. La Providencia no nos ha dado más que *las manos y la inteligencia* para defendernos y proveer á todas nuestras necesidades; pero con eso somos más fuertes que *todos los animales juntos*, á los cuales dominamos y sometemos; más fuertes que *la naturaleza*, pues la obligamos á satisfacer nuestras necesidades y aun nuestros caprichos. De la misma manera, con el socorro de *la oración*, somos más fuertes que los demo-

nios, más fuertes que nuestras pasiones y hasta más fuertes que la Naturaleza. Y ¿cómo no hemos de ser fuertes, si la oración es Dios, morando en nosotros y obrando con nosotros? ¡Oh! Si nuestra oración fuese continua, continuos serían también nuestro poder y nuestra confianza.

III. La oración *lo puede todo y lo puede siempre*: con ella llegamos á ser como los instrumentos de Dios, y este poder siempre eficaz, prometido por Jesucristo, tiene su apoyo en los atributos de Dios, y, por consiguiente, es inquebrantable como ellos.

I

La oración es omnipotente porque Dios es fiel.

«Dios es fiel», dice san Pablo (I Cor., x, 13); nosotros no comprendemos de otra manera á ese Sér infinitamente santo, infinitamente sabio é infinitamente poderoso. Dios no puede hacer *promesas á la ligera*, y lo que promete *lo ejecuta fielmente*. Cualquiera otro pensamiento nos repugnaría y sería indigno de Dios. Veamos, pues:

1.º *Las promesas de Dios comprometiéndose á escuchar nuestros ruegos.*

2.º *Las circunstancias en que se hicieron estas promesas.*

1.º—PROMESAS DE DIOS

Son explícitas y claras: «*Pedid y recibiréis. Buscad y hallaréis. Llamad y os abrirán.*»

(Mat., VII.) «*En verdad, en verdad os digo, que os dará mi Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre.*» (Joan., XVI, 23.) «*Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.*» (Joan., XVI, 24.) «*Si vosotros, que sois malos, dais á vuestros hijos. con cuánto más gusto os dará mi Padre.*» (Mat., VII.)

2.º—CIRCUNSTANCIAS DE ESTA PROMESA

Para hacerla *auténtica*, Jesucristo la repite en varios pasajes del Evangelio. Nada menos que *quinientas veces* se menciona en la Biblia el hecho de haber sido escuchada la oración.

Para hacerla más *solemne*, Jesucristo nos hace notar que es El quien da su palabra: «*Yo os digo.*»

Para hacerla más *indudable*, Jesucristo se ofrece á escuchar El mismo todas nuestras oraciones: «*Si pidieréis algo en mi nombre, lo haré.*» (Joan., XIV, 14.)

Para hacerla más *inviolable*, Jesucristo la ratifica con el sello augusto del juramento: «*Lo juro por mi mismo, que soy la verdad y no cambio nunca: Amen, amen dico vobis.*» (Joan., XVI, 23.)

Para darle más *extensión*, Jesucristo declara que hace esta promesa á toda clase de personas y respecto á todas las cosas: «*Cualquiera cosa que pidáis, la conseguiréis; el que haga la petición, sea quien fuere, la obtendrá.*»

Después de tales promesas, ¿no tenemos derecho de presentarnos á Dios y, por decirlo

así, *ponerle á prueba*, exigiéndole que cumpla su palabra? «Dios no puede engañar—dice san Agustín,—y después de habernos ofrecido su brazo para sostenernos, no lo retirará en el momento que intentemos apoyarnos en él.»

Hemos indicado solamente las palabras de Jesucristo al prometernos el socorro de Dios; veamos ahora otras sentencias sacadas del Antiguo Testamento, pues cada una de ellas dilata y aumenta la confianza en el corazón: «*Llamadme y os oiré.*» (Job, XXXI; Ps. XC, 15.) «*Invócame y te pondré en salvo.*» (Ps. XLIX, 15.) «*¿Quién jamás invocó al Señor y fué de El despreciado?*» (Eccl., II, 12.) «*Grandísima misericordia tendrá de tí el Señor; luego que oyere tus gemidos, te responderá.*» (Is., XXX, 19.) «*Antes que hayáis acabado vuestra súplica os oiré, os concederé cuanto pidáis.*» (Is., LXV, 24.)

Lo verdaderamente extraño después de todas estas palabras, no es que el alma reciba lo que pide, sino que los hijos de Dios duden tantas veces de la eficacia de la oración.

II

La oración es omnipotente porque Dios es bueno.

La bondad, cuyas manifestaciones son la generosidad, la piedad y la misericordia, es, entre todos los atributos de Dios, el que más se complace en manifestar; el que en todas sus obras brilla con más vivos resplandores; el que, á nuestro entender, es la delicia de su amoroso corazón.

Por eso agradamos á Dios, y en cierta manera parece que le prestamos un servicio, cuando le proporcionamos ocasión de manifestar su bondad y, sobre todo, de ejercitar su misericordia. Las gracias en sus manos son como un peso que le estorba, y sólo desea deshacerse de ellas.

Y cuando *esta bondad* encuentra ocasión de manifestarse, ¡oh, con qué gusto lo hace!

Y cuando solicita é implora *esta bondad* una alma que vivamente siente cuánta necesidad tiene de ella, cualquiera que sea el estado de esa alma, ¡con qué amor se le comunica! «Dios —dice san Gregorio Nacianceno— recibe como un favor el que le pidamos sus beneficios; más goza El dándonos, que nosotros recibiendo.»

Pidámosle, y nos lo concederá siempre todo; pues aun cuando no lo hubiera prometido, *su corazón no le permitiría negarnos nada.*

Dios ha puesto en el corazón del hombre algo de ese sentimiento que inspiran siempre la miseria, la pobreza y el desamparo; y, como dice muy bien el P. Lacordaire, *si un insecto pudiera suplicarnos cuando vamos á pisarle, sus ruegos nos moverían á compasión y no le aplastaríamos.*

Esta compasión que en nosotros excitan todos los seres que padecen, debe Dios sentirla *hacia nosotros* en más alto grado; su corazón no puede ser menos misericordioso ni menos compasivo que el nuestro.

En la Sagrada Escritura parece que se gloría Dios de que su misericordia sobrepuja á todas las demás obras; si no nos oyera cuando le

pedimos, nosotros, que sabemos compadecernos y llorar, y nos sacrificamos con gusto, ¡seríamos mejor que El! Pero no hay que temer; oid lo que nos dice: «¿Qué padre da una piedra á su hijo cuando éste le pide pan; ó le presenta una serpiente cuando le pide un pez? Pues si vosotros, siendo como sois imperfectos y malos, sabéis dar cosas buenas á vuestros hijos cuando os las piden, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que es tan bueno, dará cosas excelentes á los que imploran su bondad?» (Mat., vii, 10.) Así habla nuestro Dios, que es bueno; y, por consiguiente, es imposible que desoiga los gemidos de nuestro dolor.

III

La oración es omnipotente porque Dios es Todopoderoso.

La promesa obliga al que la hace; *la bondad* induce al cumplimiento de la promesa; *el poder* permite realizar el deseo del corazón y contentar plenamente al que confía en la promesa.

Dios es el Sér que *lo puede todo*, por lo cual puede cumplir sus promesas por muy grandes que sean; puede realizar los deseos de su corazón aunque sean muy vastos. He aquí por qué san Pablo, poseído de inmenso júbilo, exclamaba: «*Todo lo puedo en Dios, que me conforta.*» Lo mismo podemos decir nosotros *siempre*. La oración nos eleva hasta Dios; atrae á Dios hacia nosotros, y con Dios nos hace dueños de

toda la Naturaleza. Ved á Moisés invocando á las olas para domar el orgullo de Faraón; á Elías mandando á la lluvia y á la sequía; á Josué prolongando el día, y haciendo caer las murallas de Jericó.

¡Oh! Cuánta alegría, paz y felicidad proporciona el repetir aquellas palabras de Jesucristo: «*Todas las cosas que hubiereis pedido en la oración, cualesquiera que sean, creed que las obtendréis.*»

¡No hay excepciones! ¡La virtud de la oración se extiende á todo! Meditad esta hermosa página:

«*¿Son los bienes temporales lo que pide la oración?* Convengo en que éstos son los últimos objetos que debe solicitar. Pero, en fin, si se piden con la subordinación conveniente, si son verdaderamente bienes para nosotros, es decir, si de algún modo se relacionan con nuestra salvación, único bien por el cual deben medir todos los demás, la oración los obtendrá. La oración es la que algunas veces hace llegar riquezas inocentes á manos puras; la que con frecuencia sostiene á las familias virtuosas é impide que decaigan; la que da asiento entre los príncipes del pueblo á hombres humildes á quienes no ha lanzado la ambición por la senja de los honores; la que corona las frentes modestas con rayos de gloria y de estimación universal; la que presenta socorros inesperados al pobre que es bastante generoso para rechazar los recursos del crimen; la que, mediante un feliz cambio de fortuna, enjuga las lágrimas de la inocencia y devuelve la prospe-

ridad á los que habían tenido bastante virtud para soportar cristianamente las privaciones de la indigencia.

«*¿Es el alivio y el consuelo en las miserias del cuerpo, en las penas del corazón, lo que la oración pretende con sus votos?* Ese alivio y ese consuelo se lo concederán en la medida que convenga para la salvación. ¡Oh, vosotros todos los que estáis afligidos y atribulados, nos dice el Señor, venid á mí, venid todos, *venite, omnes*; exponedme vuestras miserias; pedidme el alivio de vuestros trabajos y lo conseguiréis, *et ego reficiam vos.*

«*¿Veis á esa madre desolada, en cuyo rostro han marcado sus huellas las privaciones y los trabajos? Sus pobres hijos le piden llorando un pedazo de pan para matar el hambre, y no se lo puede dar. Su corazón está traspasado de dolor; un pensamiento de desesperación cruza por su mente: pero es cristiana y, poniéndose de rodillas, hace que sus hijos, huérfanos de padre en la tierra, invoquen al Padre común, que está en los cielos; y todos á una voz piden el pan de cada día: *panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* Se levanta luego, y con el consuelo en el rostro y la esperanza en el corazón emprende animosa un trabajo que Dios ha de bendecir; y á la familia que el cielo protege ya no le faltará el pan de cada día. ¿Quién es esa otra mujer que, bañada en lágrimas, está de rodillas sobre la tierra recién removida? Es una madre que ora sobre la tumba de su hijo, único objeto de su amor.... Pero la veo que se levanta con el rostro encendido; un rayo de fe-*

licidad brilla en su frente; durante su oración ha tenido una visión de los cielos; la imagen de su hijo se le ha aparecido entre nimbos de brillante claridad; le ha visto en compañía de los ángeles; le ha dirigido una ardiente mirada como para decirle que la amará siempre y para invitarla á que vaya pronto á compartir su felicidad.

»¿Serán los bienes de la gracia los que solicita la oración? ¡Ah! Precisamente en esto aparece con más brillo su poder. ¿Qué virtudes no forman su cortejo? ¿Qué tentaciones no huyen de su presencia? ¿Qué vicios no sucumben bajo sus golpes? Disipa el encanto de las pasiones; embota los dardos de la voluptuosidad; suaviza los rigores de la penitencia. Si la razón se extravía, la endereza; si el corazón está á punto de sucumbir, lo fortifica; si el amor propio se ciega, le arranca la venda. No hay en el camino de la salvación obstáculo que no venza, lazo que no descubra, precipicio que no terraplene. Para un hombre de oración son impotentes los atractivos del vicio: en sus manos se hace pedazos la copa envenenada, y derrámase por el suelo la ponzoña; á su paso se afirma el terreno menos sólido; y el mundo que para los demás es una gran tentación y ocasión continua de lamentables caídas, es para él un templo de paz ó un campo de victorias.

»Dilatad, pues, los corazones, sobre todo vosotras, almas consagradas á Dios, y por lo mismo amadas de Dios de una manera particular. ¡Pedid! ¡Pedid! ¡Orad! ¡Orad! Si la oración del *pródigo* es tan poderosa, ¿cuál no será el

poder del *hijo de la casa*, del hijo predilecto á quien el Padre dice: «*Todo lo que tengo es tuyo?*»

CAPÍTULO V

CONDICIONES DE LA ORACIÓN

I. Dios no ha debido entregar á todos indistintamente *los tesoros de su gracia*. Su bondad no puede exigirle que haga abdicación de su sabiduría.

Dueño de sus dones, abre sus tesoros á la oración; pero su sabiduría pide que se presente la oración como se presenta el sér necesitado y que reconoce que no se le debe lo que pide; el sér que, por una parte se siente animado por la bondad de aquel á quien se dirige, pero está bien penetrado de que de sí mismo no tiene nada que dar en cambio sino su gratitud.

II. ¡Pero no temas, pobre alma, que te acongojas por tus faltas y miseria; las condiciones que la sabiduría divina ha impuesto á tu oración son fáciles, suaves, y están al alcance de todos gracias á la inmensa misericordia de aquel Señor que *es más padre que todos los padres*. Dios sólo pide para oírte y atenderte lo que piden los hombres en sus relaciones de familia, y aun pide menos que ellos, porque es más bondadoso.

III. Para que nuestra oración merezca ser atendida debemos hacerla *con atención, con humildad, con perseverancia, en nombre de Jesucristo*.

I

La oración debe hacerse con atención.

La atención en la oración consiste en tener el espíritu y el corazón penetrados, ó de los pensamientos é ideas que expresamos con las palabras, ó del pensamiento de Dios á quien nos dirigimos.

El simple buen sentido exige esta condición de la oración.

Los judíos escriben en las paredes de las sinagogas: «*La oración sin atención es un cuerpo sin alma*», lo cual es muy cierto. Dios no quiere solamente el cuerpo, sino también el alma; y quien pide en la oración *es el alma, no el cuerpo*. ¿Cómo os atrevéis á esperar que Dios os oiga y os atienda, dice san Cipriano, si no os escucháis á vosotros mismos? ¿Cómo queréis que Dios se acuerde de vosotros, cuando vosotros os olvidáis de vosotros mismos?

A causa de la movilidad de nuestro espíritu es á veces difícil la atención. Para fijarla ayudarán mucho los medios siguientes:

1.º Prepararse para la oración unos momentos antes de hacerla, según el consejo del Espíritu Santo: «*Antes de orar prepara tu alma*». No ir precipitadamente al lugar de la oración; y si es la iglesia, tomar piadosamente el agua bendita, y dirigirse tranquila y modestamente á ocupar su puesto. Hacer *la señal de la cruz* muy despacio, rodearse, por decirlo así, de una atmósfera de paz, y pronunciar cada palabra con cierta gravedad.

2.º No proponerse hacer oraciones *demasiado largas*. Por regla general, cuando uno ora solo vale más medir el tiempo que se destina á la oración, que no contar las oraciones que se han de rezar durante aquel tiempo. Dios no puede acoger favorablemente una oración precipitada y embrollada. Cuando oramos en común, ó cuando las oraciones están ya determinadas por la regla, como, por ejemplo, el rezo del oficio, es conveniente interrumpirlo de vez en cuando por espacio de medio segundo para levantar el corazón á Dios, y á este fin basta de ordinario dirigir una mirada al tabernáculo, á un crucifijo ó á una estampa que se tenga en el libro. Es bueno fijarse en ciertas palabras del oficio que nos sirvan de aviso para hacer esta elevación de nuestro corazón, como la palabra *Deus* que se repite á cada paso: el *Gloria Patri*, el *Deus in adjutorium*, el *Benedicamus Domino*.

3.º Procurar penetrarse bien del sentido de las palabras del rezo, en cuanto sea posible. Por eso sería muy útil que en las comunidades se explicaran las principales fórmulas del Oficio, los *versículos* que ocurren con más frecuencia, y la idea general de los *salmos* que se rezan todos los días. Este trabajo, por cierto no muy largo, ayudaría mucho al bien del alma. Penetrarse por lo menos de alguno de los pensamientos que indicaremos más adelante al hablar de *los efectos de la oración*.

Felices las almas que *no recitan* sus oraciones, sino que *las hablan*. El alma que ama y quiere expresar su amor; el alma que está ne-

cesitada y quiere pedir; el alma que está triste y desea consuelo; el alma que á su vez quiere consolar, *no recita* una oración; y aun cuando la lea ó la sepa de memoria, siente perfectamente que ella misma *la hace*. Lo que forma una oración no son las palabras, sino lo que el corazón pone en las palabras.

4.º Alejar con mucho sosiego, pero sin vacilar, las *distracciones* que sobrevienen en la oración y apartan nuestro espíritu de Dios. Estas distracciones pueden ser *absolutamente involuntarias* y proceder de la veleidad de nuestro espíritu; pueden ser *voluntarias* en sus causas, ocasionadas por nuestra disipación habitual, por una excesiva preocupación con lo que nos sucede ó lo que tenemos que hacer, por falta de preparación inmediata antes de la oración. Cualquiera que sea la causa, rechazémoslas *suavemente* y continuemos *la oración* uniéndonos más fuertemente *al sentido de las palabras* que pronunciamos, ó si es durante *la oración mental*, pronunciando con cierta fuerza de voluntad algunos actos ó palabras dirigidas á Dios, que nos está escuchando. Cuando rechazamos las distracciones que nos acosan, y si vuelven las rechazamos de nuevo, nuestra oración será tal vez enojosa, molesta y sin gusto, pero no siempre carecerá de mérito.

II

La oración debe hacerse con humildad.

Esta condición de tal modo es conforme con la naturaleza del sér que pide, que parece inútil insistir en ella.

No, no es difícil sentirse humilde, cuando se piensa en lo que vamos á hacer, al presentarnos ante Dios.

Vamos á pedir algo; luego somos *pobres*.

A implorar perdón; luego somos *culpables*.

A buscar la curación del alma ó del cuerpo; luego *estamos enfermos*.

A dar gracias; luego somos *deudores*.

A adorar; somos, pues, *inmensamente inferiores* al soberano Sér á quien adoramos y á quien lo debemos todo, de suerte que podría aniquilarnos sin cometer ninguna injusticia.

Esta humildad ha de estar *en el fondo del corazón*, y, por consiguiente, inspirar los pensamientos y las palabras de la oración, pero debe también manifestarse por la actitud del que ora. La historia del fariseo y el publicano nos da muy elocuentes lecciones.

Verdad es que no se exige para la oración ninguna postura determinada, excepto para algunas peticiones ó rogativas públicas, pero el estar *de rodillas* es lo más conforme con los sentimientos de humildad que deben llenar el corazón; de rodillas se implora clemencia, y de rodillas se espera el perdón. *La prostración* es todavía una postura más humilde. El estar *en*

pie es más respetuoso, y en esta postura manda la Iglesia que se rece el *Credo* y el *Gloria Patri*. El estar *sentado* revela cierta familiaridad. Solamente los enfermos ó los que tienen que guardar cama oran *acostados*. Empero, cualquiera que sea la postura, lo que Dios mira principalmente y lo que da valor á la oración, es el corazón.

El sentimiento de nuestra miseria, flaqueza é ingratitud, y de la horrible fealdad en que nos ha puesto el pecado, es lo que, aparte de toda otra consideración y del precepto formal de la Iglesia, nos induce á *dirigirnos á los santos, y sobre todo á la Santísima Virgen, para que presenten nuestras oraciones á Dios*. Son sus amigos, le han servido y amado, y Dios, que puede *sín* ninguna injusticia rechazar nuestra oración, se ve como obligado por el amor que les tiene y por sus méritos unidos con los de Jesucristo, á escuchar sus súplicas. Son buenos, misericordiosos, celosos de la gloria de Dios, y para ayudarnos á conseguir la salvación nos obtendrán gracias de conversión y de preservación.

Cuanto más humildes somos, más desconfiamos de nosotros mismos y más sentimos la necesidad de recurrir á los santos para que sean nuestros intercesores con Dios.

III

La oración debe hacerse con confianza.

La confianza consiste en *la firme persuasión de que, siendo Dios infinitamente bueno, nos concederá las gracias que le pedimos*.

Este es el sentimiento que más fuerte impresión produce en el corazón de Dios, el que Jesucristo exige á todos aquellos en cuyo favor hace algún milagro, pues la fe en su divinidad supone la confianza en su omnipotencia.

La confianza es el sentimiento del hijo que ama y recurre á su padre, y Dios se goza en ser amado como un padre. «*Llamadme vuestro padre, nos dice. ¿Puede una madre olvidar el fruto de sus entrañas? Pues si ella lo olvidare, yo nunca me olvidaré de vosotros.*» (Isaías, XLIX, 15.)

La confianza es un sentimiento que siempre conmueve: el más indiferente cobra amor al que le da muestras de confianza, y hasta el ofendido olvida mediante ella la injuria que recibió. Decirle á alguno: *No tengo más que á vos en el mundo*, es depender de él de una manera absoluta y obligarle á socorrernos; de lo contrario, demostraría ser muy malo.

No obstante, debemos decir que la confianza en Dios respecto á la eficacia de nuestras oraciones no llega hasta el punto de creer *como artículo de fe* que obtendremos tal ó cual gracia particular que solicitamos. Sin revelación especial no se sabe de una manera absoluta si

se han cumplido todas las condiciones de la oración, ni si el bien que se pide es verdaderamente útil para la salvación. La confianza que se necesita para pedir es *la persuasión de que nuestra oración será ciertamente atendida si pedimos un bien verdadero y si lo pedimos como se debe.*

IV

La oración debe hacerse con perseverancia.

La perseverancia es una consecuencia de la confianza.

Cuando tengo la seguridad de que seré atendido continuo la oración, aun cuando me parezca que no hacen caso de mí y hasta me rechazan. Si amo, si creo y si confío, perseveraré y esperaré; si me canso y dejo de orar, es que ya no amo, ni creo, ni confío.

Si tengo confianza en Dios, en su poder, en su sabiduría, en su amor, creo que Dios tiene justas razones cuando tarda en atenderme; quizá lo siento, pero no murmuro ni me canso de orar. Por qué Dios obra así, no tengo derecho á preguntárselo, pero, á mi parecer, lo comprendo: es que quiere probar mi amor y mi confianza; quiere hacerme apreciar la gracia que pido, ó tal vez lo que pido me sería perjudicial. Dios no rehusa nunca lo que puede ser útil; pero lo da á su debido tiempo.

Acordaos de aquel pasaje del Evangelio, en donde Jesús nos habla de un hombre que va por la noche á pedir tres panes á un amigo

suyo que ya se había acostado; éste se niega á levantarse; el otro llama una y otra vez, pide, insiste, y por fin el amigo se levanta para que cese de importunarle, y le da el pan. Este amigo es Dios, que se niega á dar. «*Pedid, no ceséis de pedir, dice Jesucristo, y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán. El que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abre.*» (Luc., xi.)

Recordad también aquel otro tan tierno pasaje de la Cananea. Pide, suplica, y *Jesús no le responde*; pide otra vez, *Jesús la rechaza*. «*Yo no he sido enviado sino á las ovejas descarriadas de la casa de Israel.*» Entonces levanta el grito con más confianza y más amor: «*¡ Señor, valédme!*» Nueva negativa más sensible, más humillante que la primera: «*No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.*» Nuevo acto de amor y de confianza, más humilde que el primero: «*Así es, Señor; pero los perrillos comen también las migajas que se caen de la mesa de su amo.*» Esta vez Jesús, dándose por vencido, abre su corazón: «*¡ Oh mujer! ¡hágase como tú deseas!*» (Matth., xv.)

He aquí perfectamente trazada nuestra conducta. ¡Con Dios no nos cansemos nunca, nunca!

V

La oración debe hacerse en nombre de Jesucristo.

El mismo Jesucristo ha impuesto esta condición. Todo lo que pidieréis *en mi nombre* se

os concederá, y ése ha de ser el más firme apoyo de nuestra confianza.

Orar en nombre de Jesucristo es orar *con El y por medio de El*.

1.º Nuestra oración ya no es nuestra en cierta manera, pues parece que Jesucristo nos dice: Veo tus necesidades y deseos, pobre alma; déjalo por mi cuenta; ponte á mi lado y no te separes de mí; yo sé cómo se debe pedir, y voy á pedir por ti. Y así lo cumple; orando en nosotros y por nosotros, *su espíritu lanza gemidos inefables en favor nuestro*, y Jesús no puede menos de ser siempre atendido.

2.º Nuestra oración no carece ya de valor; no nos presentamos á Dios con las manos vacías, pues, como compensación ó paga de la gracia que le pedimos, le ofrecemos todos los méritos de su hijo Jesús, su pasión, sus padecimientos, su muerte, su sangre, pues todo eso es nuestro; y Dios, que no puede rehusar esta ofrenda, no puede, por consiguiente, rechazar nuestras oraciones? se oponen á ello su amor á Jesús y su justicia, pues le damos más, infinitamente más que todo cuanto le pedimos.

La Iglesia comprende perfectamente el poder siempre eficaz de la oración que se hace en nombre de Jesús, y por eso nunca dirige á Dios ninguna súplica sin apoyarla en los méritos del Salvador. Todas las oraciones acaban con estas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*; *os lo pido en nombre y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo*. Algunas veces, y aun casi siempre, recurre también á la intercesión de la Santísima Virgen y

de los santos, pues sabe que María unirá sus súplicas á las suyas, y que María es poderosa en el cielo; pero siempre funda la virtud y eficacia de sus oraciones en los méritos, valimiento y mediación omnipotente de Jesucristo.

Pidamos, pues, en Jesucristo, con Jesucristo y por Jesucristo: unámonos á El en todas nuestras oraciones, pues El pedirá por nosotros, en nosotros y con nosotros.

Pedirá por nosotros porque es *nuestro mediador*; pedirá en nosotros porque es *nuestra cabeza*; pedirá con nosotros porque es *nuestro Pontífice*.

La oración hecha en nombre de Jesucristo es, según san Agustín, una especie de *libranza* firmada con la sangre del Salvador, y Dios, su padre, no la puede protestar.

CAPÍTULO SEXTO

EFFECTOS DE LA ORACIÓN

Para indicar, aun de una manera general, los *efectos de la oración*, sería menester copiar las innumerables páginas que los santos han consagrado á celebrar esta *gracia de las gracias*, como la llaman todos.

I

Efectos generales.

Por medio de la oración, dicen los santos, se le concede al hombre el poder de Dios: los efectos de la oración son los del poder divino.

Por la oración el alma débil y abatida toma aliento, se levanta y se fortifica; saca de la oración un nuevo vigor que la ayuda á luchar y no dejarse vencer.

Por la oración se reanima el espíritu, se recobra el ánimo y las fuerzas se renuevan.

Por la oración el corazón puro conserva su pureza; el corazón culpable aprende á sonrojarse, á arrepentirse y á recobrar la pureza.

Por la oración el hombre establece y fija su punto de apoyo en el mismo Dios, y así puede desafiar todas las resistencias.

Por la oración el hombre, criatura frágil y débil, obliga al cielo á que se encargue de su causa; se oculta para que Dios ocupe su lugar, Dios que debe realizar sus aspiraciones y deseos.

Por la oración el hombre aleja la cólera divina y aplaca su justicia; salva de la destrucción al mundo; cierra el infierno y abre el cielo.

II

Efectos particulares de la oración.

1.º *La oración honra á Dios.* La oración es un acto de religión que la Escritura compara al humo del incienso. «*Suba mi oración hasta*

vos, dice el Profeta, *como se eleva el incienso.*» Cuando oramos, proclamamos que dependemos de Dios; le reconocemos como autor de todos los bienes; ponemos en solo El toda nuestra confianza; le consideramos como nuestro único sostén, nuestro solo refugio, el único origen de nuestra conservación y de nuestra salvación.

2.º *La oración consuela.* «*Cuando alguno de vosotros esté triste, dice Santiago, haga oración.*» (Ep., v, 12.) La oración es la unión con Jesús desamparado en el huerto de los Olivos; con Jesús vendido, abandonado, escarnecido, azotado, crucificado. La oración es, sobre todo, Jesús consolándonos, Jesús enjugando nuestras lágrimas, Jesús llorando con nosotros, Jesús mostrándonos el cielo.

3.º *La oración ilumina.* Disipa las tinieblas del espíritu, y da la calma y prudencia que aseguran el buen éxito de nuestras obras. «*Señor, decía el Profeta, mostradme el camino por donde debo andar.*» «*Todo el secreto de la vida está en esa oración—dice Mons. Landriot—conocer el camino, es decir, conocer lo que hemos de creer, lo que hemos de esperar y practicar, lo que hemos de hacer para que esta vida sea como la antesala del cielo. He aquí todo el hombre y la vida bajo todos sus aspectos.*» Pero sólo Dios puede ilustrar así la vida y penetrarla de estas claras luces que enseñan el verdadero camino, porque Dios es la luz indefectible que nada puede obscurecer. Orar es acercarse á Dios, recibir su luz y andar al resplandor de su claridad.

4.º *La oración da una fecundidad prodigiosa.*

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, sobre todo cuando esta oración es una de las que manda la Iglesia, es como un rayo de gloria que se añade á la gloria exterior de Dios, y los ángeles en el cielo, ven á Dios que, en cierto modo, se muestra rodeado de esplendores más brillantes.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es compensación de una blasfemia.

»Cada *palabra* detiene un castigo del cielo, poniéndose entre la justicia de Dios y el alma culpable.

»Cada *palabra* hace caer del corazón de Jesús una gracia especial sobre el alma de una persona moribunda ó sobre otra alma que en aquel momento iba á cometer un pecado mortal.

»Cada *palabra* alivia los padecimientos de una ánima del purgatorio.

»Cada *palabra* hace saltar de gozo el corazón de la Santísima Virgen María, que siempre se agrada de ver á su Hijo alabado, bendecido, amado y glorificado.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es como una *mallá de acero* que voy tejiendo alrededor de mi alma, formando un *escudo* que la rodea y la pone al abrigo, no de las pruebas ni de las tentaciones, sino de las heridas que la debilitarían y le causarían la muerte.

»Por eso luego me siento más fuerte, y voy

sin temor á la lucha que incesantemente tengo que sostener contra la pereza, el orgullo, la ambición, la sensualidad, el egoísmo, la murmuración.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es también un *escudo protector* con que puedo defender el alma de los que amo.

»¡Oh, qué gozo siento al pensar que, mientras estoy orando, cada una de mis palabras forma realmente un *escudo* alrededor del alma de mi padre, de mi madre, de mis amigos, para que les sean menos sensibles y rudos los dolores de la prueba, los asaltos de la tentación!

»Cada *palabra* es una *gota de bálsamo* que derramo sobre un corazón enfermo, un corazón que tal vez yo he lastimado y á quien no me atrevo á pedir perdón directamente. ¡Oh! Después de la oración ya puedo presentarme con rostro sereno y risueño; ¿acaso no he curado las heridas que había hecho?

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es como una *chispa ardiente y benéfica* que penetrará suavemente el corazón de tal persona con quien tengo que tratar un negocio. Puedo ir tranquilo á verla, porque bajo la influencia divina de que, sin saberlo, está penetrada, esa persona será justa, bondadosa, complaciente.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es una *moneda* que mi ángel custodio entrega á Dios en pago de mis numerosas faltas....., y cuanto más se prolonga mi oración y mayor es mi fervor y recogí-

miento, tanto más pronto se amortiza esa deuda que tengo con Dios.

»Y cuando haya muerto, veré allá arriba, cerca de Dios, todas esas *palabras* de mi oración, brillantes como perlas y formando una corona inmortal.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es como un tejido misterioso que, sin saber cómo, remienda lo que yo había roto en el día anterior, *junta* las horas que yo había separado, perdiendo culpablemente el tiempo; *une* otra vez dos corazones que yo había desunido con una palabra imprudente.

»Cada *palabra* de mi oración, *pronunciada lenta y devotamente*, es un grito de amor, de esperanza, de gozo, de angustia, que dirijo al cielo, y estoy bien seguro de que á este grito ha de responder otro: el de vuestro amor, ¡oh Dios mío!

»Vosotros los que no podéis oír, sin que vuestro corazón se conmueva, el grito de un niño que, asustado ó enfermo, exclama: ¡*Madre mía!*!, ¿no comprendéis algo de lo que debe pasar en el corazón de *vuestro Padre celestial* cuando un alma angustiada ó amante le dice: ¡Dios mío!» (*Pajitas de Oro.*)

5.^a *La oración nos hace felices.* Aquí vendría dejar la palabra á los santos. ¡Cuán tiernas y deliciosas páginas han escrito sobre la inefable felicidad que sentían en las relaciones íntimas que la oración establece entre Dios y el alma! Es el trato y comunicación del hijo con su madre; de un amigo pobre, pero afec-

tuoso y agradecido, con un amigo rico y poderoso que le colma de gracias; éste no se cansa nunca de dar, ni aquél de agradecer. Es la unión de las almas la más íntima, la más fuerte, la más fecunda en delicias. Es el olvido de la tierra, el olvido del cuerpo, el olvido del dolor, el olvido de todo lo humano. ¡Es la vista de Dios, el sentimiento de Dios, la paz de Dios, el gozo de Dios!

No queremos insistir: la felicidad de la oración *se indica* pero no se describe: la sienten las almas que han llegado, como dice un santo, *á transformarse en oración, á ser una oración!* ¡Felices almas! No son raras en el claustro; pero ¡por cuántas pruebas han tenido que pasar para llegar ahí!

CAPÍTULO SÉPTIMO

PRINCIPALES FORMAS DE LA ORACIÓN

No siendo nuestro propósito escribir *un libro de piedad*, no podemos hablar de todas las diversas fórmulas que para hacer oración emplean los fieles en general ó las religiosas en particular. Vamos á indicar tan sólo:

I

La santa Misa.

Es la oración de las oraciones, el sol de los ejercicios espirituales, como la llaman los santos.